



media entre composiciones correctísimas, pero no alimentadas más que de odio ó adulación, y la robustez de aquellas en que se tratan los intereses más vivos, más grandiosos del hombre y de la humanidad. Entónces nos admirará encontrarlos tan superiores á sus contemporáneos, y ver cómo ingenios tan diversos, diferentes en tiempo y lugar, concuerdan en las doctrinas y en sostener siempre la causa más noble y generosa.

La cultura latina había durado mucho ménos que la helénica, y miéntras la antigua se agotaba, la nueva no había arrojado todavía los renuevos de halagüeñas promesas. Hasta Tertuliano de Cartago ningún escritor se dió á conocer entre los latinos, en los primeros días del cristianismo: á los que florecieron despues les falta la hermosa armonía del genio griego y la graciosa elocucion que los helenos conservaron casi enteramente pura; pero tienen más uncion, y por decirlo así, más actualidad, y sin agrandar tanto, penetran más. En Italia, y mucho ménos en España, en las Galias, en el África, no estaban tan arraigadas las tradiciones literarias como en Grecia, por lo cual, aunque ménos culto, fué más original el desenvolvimiento de los nuestros; decaía la lengua; pero renacía el estilo; y lo que les falta en pureza y correccion, lo suplen con el vigor de sentimiento, la riqueza de imágenes, la elevacion de miras y principalmente la novedad del fondo, mérito notabilísimo en una literatura que desde la cuna no había hecho más que traducir y restaurar.

San Jerónimo fué arrastrado, así en la vida como en los escritos, por el exceso de su fantasía, de suerte, que al lado de admirables bellezas encontramos en sus escritos errores y puerilidades; la gravedad teológica es ofendida por burlas bajas ó violentos improperios; su expresion, siempre enérgica, de continuo natural, se debilita por las citas inoportunas que le ofrecia su riquísima erudicion, por frias y triviales reflexiones, y por no saberse detener á tiempo. ¿Pero cómo había de ser correcto si á veces escribía en un día mil líneas (1), y en

(1) Prefacio al segundo comentario in Ephes.

una noche compuso el tratado contra Vigilancio? En cambio aclara áridas cuestiones con su fuerza imaginativa, y hacen agradable su lectura los hermosos rasgos de elocuencia y de rigurosa dialéctica con que las adorna.

Se lamenta de que «descuidando la sencillez y pureza de las palabras evangélicas, se hace ostentacion como si se hablase en un ateneo ó ante un gran auditorio; el discurso adornado con falsedad retórica, procede en público como una cortesana, ménos para instruir á los pueblos que para mendigar su favor y excitar los sentidos de los oyentes. Los que buscan la elocuencia y las declamaciones, acuden á Ciceron, á Polemon, á Quintiliano: la Iglesia de Cristo no sale de la academia ó del liceo, sino de una plebe vil, y la locura de Dios ha superado á la sabiduría de los hombres. ¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos conocen á Platon? Apenas algun viejo ocioso. Pero de nuestros aldeanos, de nuestros predicadores habla todo el mundo. Con lenguaje sencillo conviene, pues, explicar sus sencillas palabras (2).» Ya hemos dicho cuán poco supo San Jerónimo observar despues estas precauciones.

Pronunció tambien muchas oraciones fúnebres (*epitaphia*), y especialmente la de Nepociano, sacerdote de Albino, en que no se separa del arte pagano, prodigando alabanzas hasta á la belleza del difunto. Pero algunas veces se abandona al efecto, pintando sus últimas horas: «Tiraba atras la ropa, braceaba, veía lo que no veían los demas, se alzaba como para salir á recibir ó saludar á alguno que llegaba; en este momento recordó nuestra amistad la dulzura de nuestros estudios; y tomando la mano de su tío, le dijo: *Esta túnica, de que me servía en el ministerio de Cristo, envíala á mi querido Jerónimo, padre mio por edad, y hermano por la profesion y el cariño que me debes como sobrino tuyo, trasmitéle á éste que te amaba como yo.*»

Elevándose despues desde el más particular á los males comunes, se congratula de que Nepociano haya sido libertado de tantos padecimientos. Y entónces describe la desgracia de

(2) *Comment. in. epist. ad. Galat. Præfat. lib. IV.*



los emperadores de aquella época, las caidas de los grandes y ministros, y la sangre que hacia veinte años inundaba los campos desde Constantinopla hasta los Alpes Julianos. «¡Cuántas matronas y vírgenes de Dios, cuántos cueros nobles y puros abandonados á esas fieras! ¡Obispos prisioneros, sacerdotes muertos, iglesias destruidas, caballos profanando los altares de Cristo, reliquias de mártires insepueltas, y por todas partes lamentos y gemidos y multiplicadas imágenes de la muerte. El mundo romano sucumbe, y nuestra altiva cerviz no se dobla aún. ¡Feliz Nepociano que no ve estas cosas! Desgraciados nosotros que sufrimos tantos estragos, ó vemos sufrir á nuestros hermanos. Hace tiempo que sabemos que Dios está ofendido y no le aplacamos; por nuestros pecados son poderosos los bárbaros, por nuestros vicios es derrotado el ejército romano.» Y pone de manifiesto, como desde una altura, al género humano que se afana y perece. «Volvamos á nosotros mismos. ¿No sabes que fuiste niño, adolescente, jóven, adulto y viejo? Todos los días morimos, y sin embargo nos creemos inmortales... El único bien es estar unidos entre nosotros por Cristo... La caridad vive siempre en el corazón; por ella, aunque está ausente, tenemos presente á Nepociano, y á pesar del vasto espacio que nos separa, nos abraza con una y otra mano,ándonos prendas de su amistad. Pongamos de acuerdo nuestros ánimos, estrechemos nuestro afecto, é imitemos para consolarnos de la muerte de un hijo la fuerza de ánimo del santo obispo Cromacio á la muerte de un hermano. Celébrelo nuestras páginas, figure su nombre en nuestras cartas, abracemos con la memoria á aquel á quien no podemos abrazar con el cuerpo, y no cesemos de hablar de él, ya que con él no podemos.»

Basta leer á San Ambrosio para convencerse de lo mucho que conocia los clásicos, porque sus discursos están llenos de giros y pensamientos tomados de los más célebres; y mucho debía dominar el mal gusto, cuando á pesar de esto escribe en un estilo incorrecto y caprichoso, sin franqueza en la expresion y con vanas sutilezas y juego de pensamientos, cuando no

está animado por el sentimiento del deber ó del peligro (1).

Acaso el mejor de sus discursos es el que compuso con motivo de la muerte de su hermano Sátiro, lleno de los afectos domésticos que tanto admiramos en los padres griegos. «De nada me sirve haber recogido tus últimos suspiros apoyando mi boca en tus apagados labios. Yo esperaba hacer pasar tu muerte á mi pecho ó comunicarte mi vida. Palabras crueles ó dulces, tristes abrazos entre los cuales sentí quedarse helado y rígido su cuerpo, y exhalar el último suspiro. Le apretaba entre mis brazos con fuerza; pero ya había perdido al que aún abrazaba. El soplo de la muerte que en mí penetró fué para mí un soplo de vida. Quiera el cielo á lo ménos que esto purifique mi corazón y dé á mi alma tu inocencia y tu dulzura.»

Desde los afectos domésticos sabe elevarse á contemplar los males públicos, como en este bellissimo exordio: «Hemos llevado, carísimos hermanos, al ara del sacrificio la víctima que nos fué pedida, víctima pura y acepta á Dios, Sátiro, mi hermano y mi apoyo. Yo no había olvidado que era mortal, ni me dejé ilusionar por una vana esperanza; pero la gracia sobrepujó á la esperanza, y en vez de quejarme á Dios debo darle gracias, porque siempre deseare que en caso de que amenazare alguna calamidad á la Iglesia ó á mí, descargue la tempestad sobre mí ó sobre mi familia. Gracias al Señor porque en la universal destrucción producida por los bárbaros que llevan la guerra á todas partes, haya podido yo satisfacer á la afliccion comun con mis disgustos particulares, y haya sido herido yo sólo cuando temía por todos. Sí, hermano, tú que fuiste tan venturoso en lo que hace agradable la vida, no lo fuiste ménos por la oportunidad de tu muerte. No nos fuiste arrebatado á nosotros, sino á los desastres: no has perdido la vida, sino que te has librado de las amenazas de la calamidad suspendida sobre nuestra cabeza. Amando tanto á todos los tuyos, ¡cuánto hu-

(1) *D. Ambrosii opera ex editione romana. Paris, 642, 5 t. en folio.*



»bieras llorado al saber que Italia se ve atacada á sus mismas puertas por un enemigo! »¡Cuál hubiera sido tu aflicción al pensar que »todas nuestras esperanzas de salvación están »en el baluarte de los Alpes, y que algunos »troncos de árboles son la única barrera que »defiende el pudor! ¡Cuánto se hubiera contristado tu alma al ver que nos separa tan corta »distancia del enemigo, de un enemigo feroz »y brutal que no respeta ni la vida ni el pudor!»  
 No dice nada tan bello ni en los consuelos por la muerte de Valentiano, ni en el panegírico de Teodosio. En la más extensa y curiosa de sus obras, *De officiis ministrorum*, tratando de los deberes de los eclesiásticos, hace una reseña de los de todos los hombres, y resuelve varias cuestiones de filosofía práctica. En el *Exameron*, al explicar los seis días de la creación, se vale mucho de Orígenes. Sus elogios á la virginidad producían tal efecto, que los padres y los casados se lamentaban de que dedicasen tantas mujeres su castidad á Dios. Escribió también varios himnos de noble y patética sencillez, algunos de los cuales se cantan aún (1), tratando de presentar un contraveneno á los cantos profanos que usaba el pueblo. Recordaba con santa complacencia la melodía de hombres y mujeres, de vírgenes y niños, semejante al estruendo de las olas (2); la cual conmovía también á San Agustín hasta hacerlo derramar lágrimas (3).

Claudiano Mamerto, hermano de un obispo de Viena, y colocado entre los mejores ingenios de su tiempo por Sidonio Apolinario, escribió tres libros (*De statu animarum*) con mucha sagacidad y dialéctica, para demostrar la espiritualidad de las almas.

San Vicente de Lerin publicó el año 434 el *Commonitorium* ó aviso contra las herejías con-

(1) *Deus creator omnium. — Jam surgit ora tertia. — Nunc sancte novis Spiritus*; y algunos dicen que el *Te Deum*, pero otros creen que fué compuesto en el siglo VI por un fraile llamado Sisebuto, que vivió, á lo que parece, en Montes-Camo. V. Quesnel, *observ. ed. breviarium chori monasterii M. Casini* en el *Penitential* de Teodoro, edición de Jacobo Petit. Parte 1.<sup>a</sup>, página 328.

(2) *Exameron*, III, 5.

(3) *Confess.*, IX, 7.

denadas, tres años ántes, en el concilio de Efezo, y exhortaciones para creer *lo que por todos, siempre y en todas partes, fué profesado y creído*.

Conviene citar sus ideas sobre la conformidad del progreso con la estabilidad de la Iglesia: «¿No habrá progreso en la Iglesia de Cristo? se preguntaba á sí mismo. Lo hay ciertamente, y mucho; no hay ninguno tan enemigo de Dios que quiera impedirlo; pero debe ser un progreso verdadero de la fe y no un cambio. El progreso consiste en engrandecerse una cosa en sí misma; el cambio es pasar de un estado á otro. Así, pues, conviene que la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de cada uno y de todos, se aumente con los años y con los siglos, pero en un mismo género, esto es, en el mismo dogma, en el mismo sentido, en el mismo pensamiento. También se desarrollan los cuerpos, pero siempre quedan los mismos, y el viejo es aquel mismo que fué niño. La recta y legítima ley del progreso consiste en que el número de los años descubra en los setes que se perfeccionan las partes y las formas que el Creador les designó distintamente. Pero si la figura humana se cambia en otra de diverso género; si se añade ó quita algun miembro, fuerza es que el cuerpo padezca ó se haga monstruoso, ó á lo ménos, se debilite. También conviene que el dogma cristiano siga esta ley del progreso, esto es, que se consolide y dilate con el tiempo, y que se manifieste completo y entero en la proporción de sus partes como en todos sus miembros; pero no admitais ningún cambio á costa de su propiedad, ninguna variación en sus definiciones (1).»

El más universal entre los Padres latinos fué San Agustín. De ingenio sublime, y que hubiera brillado mucho más si la época le hubiera favorecido, todo lo supo y á todo se dobló su dócil entendimiento; fué metafísico, historiador, conocedor de las costumbres y de las artes, sutil dialéctico, orador grave y majestuoso; escribió de música y de los puntos teológicos más difíciles; describió la decadencia del imperio y los fenómenos del pensamien-

(1) *Commonit.*, c. 23.



to; supo animar las disputas escolásticas con la elocuencia; asoció la imaginación á la teología, aunque se vió obligado la mayor parte de las veces á emplear su sagacidad en místicas sutilezas (1). Su elocuencia tiene á veces algo de bárbaro y de afectado, pero comunmente es nueva y sencilla, siempre viva y concisa; y las ideas evidentes de aquella imaginación, ardierte como el clima patrio, y la extraordinaria emoción con que las expresaba obraban muy eficazmente sobre la fantasía africana. Si tiene poco arte y es desigual y áspero su estilo, y no se eleva tanto como los Padres orientales, en cambio tiene más de evangélico, dirigiéndose con frecuencia al corazón; si pretende demostrar aún las verdades que no admiten demostración, y cree que las pruebas se aclaran y refuerzan repitiéndolas, también por otra parte llevó á la cátedra la viva ternura de ánimo que respiran sus *Confesiones*, y que no le abandonó ni aún en las áridas disputas de teología.

Desde Cartago fué de profesor de elocuencia á Roma, «no por mayor provecho ó aumento de honores, sino porque (dice él mismo) oí »que aquí se estudiaba con más quietud, y estaba contenida la juventud de modo que no »entrarse desprevenida y temerariamente con »un maestro á que no está acostumbrada; y »ninguno es admitido en una escuela si no lo »consiente el maestro. En Cartago, por el contrario, reina una libertad desenfrenada entre »los escolares, que entran sin temor alguno en »las escuelas, y alteran el orden y el método »prefijado para la enseñanza (2);» y así prosigue describiendo la indisciplina de Cartago. Pero ni en Roma estaban las cosas arregladas, y algunas veces, todos los discípulos de comun acuerdo se pasaban á otro preceptor, para defraudar al primero del estipendio que le debían.

Sus *Confesiones*, libro destinado y dedicado exclusivamente á las almas de los que vuelven al buen camino, no á los que nunca se han ale-

(1) *D. Agustini hipponensis episcopi opera, per theologos lovanienses edita*, 1577, 12 t. en folio, reimpresos hace poco en París sobre la edición de los Benedictinos, en 8.<sup>o</sup>

(2) *Confess.*, V, 8.

jado de él, son un modelo, mal imitado por ciertos tratados modernos de cínico orgullo. Nada más sencillo que acusarse de pecador en general, estando seguros de que no nos han de coger por la palabra: algunas veces confiesa uno también culpas enormes, no para ser despreciado, sino para hacer admirar el cambio del cual no hay más prueba que la propia confesión, ó para que resulte un contraste favorable entre la culpa y el ingenio y la belleza de las obras. Agustín, en vez de esto, hace á Dios una exposición ingenua de las luchas que sostuvo al pasar de la vida mala á la buena, del error á la verdad. Mientras la filosofía moderna, sin avergonzarse de un vínculo no bendito, envía sus frutos al hospital, Agustín, cristiano, se avergüenza de la culpa, pero educa y coloca á sus hijos, comprendiendo que una violación del deber no justifica otra nueva, y que no deben llevar los demás la pena de nuestra propia falta. Alma llena de ambición y de amor, en el juvenil extravío se embriaga, no se satisface con los placeres, se fastidia con la celebridad, corre sediento hácia la felicidad y lo verdadero; y en la violenta soledad del corazón combate consigo mismo, y supera las barreras que oponen una falsa sabiduría, una larga costumbre, los incentivos de la juventud y la concupiscencia. San Agustín nos lo demuestra con la verdad del que lo ha pasado, y con la fuerza del que por arrepentimiento hace mayor la culpa; de modo que el hombre se ve á sí mismo en el espejo que le presenta, se consuela al ver la fuerza que da una voluntad decidida; y resuelve los problemas de la exigencia interior por medio de la continua aspiración hácia Dios, que es su única explicación. La profunda naturalidad de este escrito es una cosa nueva en la antigüedad; como lo fué la severa reflexión y la tristeza sin desesperación, que el cristianismo hacía nacer en el hombre.

Los *Soliloquios* son razonamientos consigo mismo para *conocer al Dios y al alma*; en lo que emplea una dialéctica sutil y una sensibilidad fantástica. ¡Cuánta inquietud en aquella alma sedienta de verdad! «En mi primera juventud me retraía de la indagación de la verdad cierta timidez infantil, que tenía algo de



»supersticiosa. Pero habiéndome hinchado el corazón la misma edad, me arrojé á otro exceso: oí hablar de hombres, los cuales aseguraban que, sin recurrir á la autoridad imperiosa, libertarian del error á cualquiera que entrase en su disciplina, y le mostrarían la verdad sin velo. Yo era entonces todo fuego, todo imprudencia como es la juventud; amante de la verdad, pero con aquella especie de orgullo que se contrae en la escuela cuando se oye disputar sobre todas las materias á hombres tenidos por doctos; por lo cual yo tampoco pedía más que entrar en liza, despreciando como fábula todo lo que se elevaba más allá de mi inteligencia y de mis sentidos. ¡Cuán ciego era! Buscaba en el camino del orgullo lo que no se encuentra más que en el de la humildad (1). Permanecí nueve años con los maniqueos.... No podía disimularme á mí mismo, sin embargo, que éstos eran más ricos en argumentos con que combatir la doctrina de la Iglesia, que en pruebas para establecer la suya (2).»

Cuando llegó á tranquilizar su alma en la autoridad, combatió los errores de los demás y controvertió los puntos más espinosos de la filosofía. Refutando á los académicos, y disputando con los origenistas, se le presentaba la cuestión de lo finito y de lo infinito, esto es, la creación; con los maniqueos tuvo que tratar del origen del mal; con los pelagianos de las sutiles relaciones entre lo necesario y lo contingente; y esclareció las que hay entre la fe y la ciencia en otras obras, encaminadas á demostrar que el elemento humano del raciocinio debe apoyarse en el elemento divino de la fe. Por último, en la *Ciudad de Dios* aborda la cuestión política, sosteniendo que todo acontecimiento en la tierra, cumple los designios de la Providencia, la cual, sin coartar el libre albedrío, hace converger las voluntades finitas al objeto de la sabiduría infinita.

San Agustín fué el primero que en Occidente redujo á forma sistemática la doctrina evangélica, de modo que puede considerarse

(1) *Serm.* LI, c. 5, n. 2.

(2) *De utili credendi*, cap. I, n. 2.

como el padre del dogmatismo latino. No ideó un nuevo sistema filosófico; pero de su mucho estudio y de su vasto y flexible entendimiento se valió para encontrar afinidades que no habían sido observadas antes entre el cristianismo y las doctrinas de Alejandría; y combatiendo los errores de éstas con la autoridad de aquél, fundir el neoplatonismo con los objetos de la revelación, haciendo ver que era indispensable á la ciencia y á la razón humana el apoyo de la fe divina. Dios, ente necesario perfectísimo, es viviente, pues que la vida es mejor que la inercia; es la vida misma, porque la vida es mejor que el sér viviente; es el principio de la inteligencia é inmutable en su sabiduría. Creó libremente el mundo, pero le conocía antes que existiese. Es la verdad eterna, la eterna ley de toda justicia; es el supremo bien del mundo espiritual, al cual el hombre tiende á reunirse por medio de la religión. Llamó á todos los hombres á la felicidad por el camino de la virtud, á cuyo camino deben acercarse con la razón y con la voluntad, la cual puede usar á su arbitrio de la libertad, aproximándose á Dios ó alejándose de él. Dado que la divina inteligencia encierra en sí las ideas eternas é inmutables, no sólo como actos del pensamiento, sino como tipos de las criaturas, resulta que las ideas son independientes de las cosas. Todo lo que existe es bueno; y hasta la misma muerte, porque es consecuencia de la existencia. El mal no debe buscarse en la sustancia, sino en las falsas analogías que se establecen entre los seres. El universo, esencialmente perfecto, debe comprender todo género de cosas, y por consiguiente, también criaturas inferiores y corruptibles.

Esto contestaba á los maniqueos. Los pelagianos le sometieron la cuestión de la Gracia, en la cual les combatió como filósofo, demostrando que su ciencia era pobre é imperfecta; como reformador práctico, haciéndoles ver que debilitaban el medio más eficaz del gobierno de la Iglesia; y como lógico, patentizando que sus ideas no se adaptaban á las consecuencias deducidas de las ideas fundamentales de la fe. Y sostuvo que el hombre, después del pecado original, cesó de ser impecable, y que la gracia



para obrar bien no puede venirle sino de Dios, que la concede á quien y en el grado que quiere (1). Después se esforzó en conciliar la libertad humana con la predestinación divina, el mal con la Providencia; discusiones que confundieron no poco á los teólogos, los cuales pretendieron encontrar apoyo en San Agustín para máximas que la Iglesia condena ó apenas tolera.

Al principio de la vida filosófica siguió las defectuosas doctrinas de los académicos; pero conociendo las dificultades que presentaba en los problemas fundamentales, buscó su solución en las excesivas hipótesis de los platónicos, y adoptó las ideas innatas en la extensión que éstos les daban, hasta que llegó á la verdad, creyendo que la naturaleza humana es esencialmente racional, por lo cual busca, halla y reconoce la verdad (2).

Y es dado á cada uno, según San Agustín, consultar esta verdad en sí mismo, y si alguno no la encuentra, suya es la culpa (3). Si todos no la comprenden, consiste en que asemejan las cosas verdaderas á las falsas, y en que las pasiones nos inclinan á escoger éstas en vez de aquéllas. Insiste, pues, en que en el hombre interior habita la verdad (4), lo cual quizá se expresaba con las célebres palabras, *conócete á tí mismo*; y cree también que la fuente de las

(1) Marhebeck. *Diálogos sobre la doctrina de San Agustín acerca de la libertad y la gracia* (alem.) Berlin 1821.—J. F. Wigger, *Ensayo de una exposición histórica de las doctrinas de Agustín y Pelagio*. Ibid.

(2) Ya hemos hablado del falso razonamiento de Platón que decía: «El saber es un recuerdo,» y lo demostraba con el ejemplo de un niño que, preguntado con destreza, responde sobre cosas que no le han sido enseñadas. Platón concluía: «Tiene, pues, en sí las ideas, y basta desarrollárselas;» y nosotros concluimos de aquí: «Es, pues, racional.» San Agustín, que había hecho el primer razonamiento, se retracta, «porque podría decirse que el niño preguntado respondía porque es un sér inteligente.» *Retract.* I, 8.

(3) «Ubique, veritas, præsides omnibus consulentibus te, simulque respondes omnibus etiam diversa consulentibus. Lique tu respondes, sed non lique omnes audium. Omnes unde volunt consulunt, sed non semper quod volunt audiunt. Optimus minister tuus est qui non magis intuetur hoc á te audire quod ipse voluerit, sed potius hoc velle quod á te audierit.» *Confess.* X, 26.

(4) *De vero relig.*, 39.

ideas más sublimes es la observación de los hechos internos; doctrina muy superior al empirismo vulgar que adoptó Locke, queriendo deducirlo todo de la observación externa.

Que la voluntad tiene la culpa del error, lo mismo en las ideas del vulgo que en las de los doctos, lo demuestra San Agustín por la existencia de la idolatría. Los hombres prefirieron las obras al artífice; y no teniendo fuerza suficiente para buscar á éste, se detuvieron en aquéllas. De esta preferencia pasaron á querer servir á las criaturas. Los doctos, queriendo una libertad desenfrenada, caen en la incredulidad; errores de que pueden salir *si creen lo que aún no son capaces de comprender* (1).

En San Agustín se encuentra ya el argumento de Descartes, que de los actos de nuestro pensamiento podemos deducir nuestra existencia (2); pero la proposición *yo existo*, que en Descartes carece de apoyo, porque supone una mayor, es aceptada por el Santo sólo como un principio admitido por los académicos, á quienes refuta, y no como una verdad primitiva. También prueba (3) que cada hombre, por testimonio de su propia conciencia, sabe que vive, siente y piensa; lo cual equivale á conocer el alma propia, que es el sujeto que vive, siente y piensa.

Hállanse también en San Agustín algunas opiniones que se suponen proclamadas por primera vez por filósofos posteriores; otras cuyo olvido condujo al error, y otras que dieron un pretexto para sostener sus errores á cuantos heresiarcas se levantaron desde Pelagio hasta Jansenio. En contra de doctrinas que malamente se querían renovar hoy, distingue claramente el sentido del juzgar, y en este acto coloca la mente (4), y demuestra que si sólo tuviésemos los sentidos, no podríamos emplear

(1) Id. 38.

(2) Pienso, luego existo. «Prius abs te quero, ut de manifestissimis capiamus exordium, utrum tu ipse sis. An tu forte me has interrogatione fallaris, cum utique, si non esses, falli omnino non posses?» *De lib. arb.* II, 3.

(3) *De Trinitate*, X.

(4) *Questiones*, IX.